

SOCIALDEMOCRACIA Y LIBERACION SEXUAL

por CARLOS I. MASSINI-CORREAS*

En la mayoría de los trabajos en los que se tematiza a la última versión del socialismo: la llamada “socialdemocracia” o “socialismo liberal”, se reconoce en ella a una mixtura de dos fuentes ideológicas principales: i) el *democratismo liberal*, que se evidencia en la aceptación de ciertos principios políticos, tales como el parlamentarismo, la división de poderes, el sufragio universal, los derechos-libertades, etc. y ii) el *socialismo clásico*, que se pone de manifiesto en su propuesta de un fuerte dirigismo en la economía, con la estatización parcial de algunos de sus sectores, de una seguridad social amplia y de la vigencia de los llamados “derechos sociales”. Algunos autores, más atentos al movimiento de las corrientes ideológicas creen reconocer, en esa nueva Internacional Socialista, una tercera línea de ideas: el *gramscismo*, es decir, la aceptación de la tesis fundamental de Antonio Gramsci, acerca de la necesidad de la conquista de la superestructura cultural para que sea posible la revolución contra las estructuras cristiano-tradicionales (1).

Pero sucede que una observación más profunda de la realidad de esos sistemas –tanto en el plano de las ideas como en el de las realizaciones políticas concretas– pone en evidencia un cuarto elemento o componente ideológico: la doctrina de la “*emancipación*” o “*liberación*” *sexual*. Esta constituye el contenido o la materia con la que se encara la estrategia gramsciana de

*CARLOS MASSINI-CORREAS: Abogado. Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales. Profesor de Filosofía Jurídica y Secretario Académico de la Universidad de Mendoza.

(1) Sobre el gramscismo, vid. Gómez Pérez, Rafael, *Gramsci, el comunismo latino*, Pamplona, EUNSA, 19.

subvertir la cultura y la moralidad tradicional-cristiana, “repre-sora”, “alienante” y al servicio de los poderes tradicionales. Dicho de otro modo, de lo que se trata es de sustituir la visión cristiana del hombre y la sociedad, por la surgida de la cabeza de los ideólogos “liberadores”. Sin este cuarto elemento, el cuadro de la socialdemocracia no queda completo y resultan inexplicados muchos de los rumbos doctrinales y de las opciones políticas de esta nueva camada socialista. Por ello, intentaremos, en lo que sigue, explicar someramente los orígenes, naturaleza y objetivos de esta última pieza de ese *puzzle* ideológico que es el “socialismo liberal”.

Por ello, ha parecido imprescindible acudir a una nueva etapa del proceso “liberador”: a la “emancipación sexual”, que será —esta vez sí— la última escala del trabajoso camino del hombre hacia su “emancipación” absoluta y total. Este planteamiento de la “liberación sexual” parte de una utilización ideológico-política de las doctrinas de Sigmund Freud.

LA IDEA DE LA “EMANCIPACION”

¿En qué consiste la idea de emancipación? Esta palabra, que proviene del latín “*emancipatio*” y que se introdujo en la lengua castellana alrededor de 1570, significaba originariamente el acto por el cual el paterfamilias o el señor otorgaba la libertad al esclavo o al hijo sujeto a la patria potestad, por una simple concesión graciosa (2). Dicho de otro modo, se refería al acto en

(2) Cfr. Segura Munguía, Santiago, *Diccionario Etimológico-Latino-Español*, Madrid, Ed. Anaya, 1985.

que el esclavo o el siervo adquirirían la independencia de su señor. Pero a partir del siglo XVIII, ese vocablo fue apropiado por una serie de doctrinas que, bajo versiones parcialmente diferentes, sostenían todas las siguientes ideas centrales: el hombre es un ser que ha nacido para ser libre y autónomo, para bastarse a sí mismo y no depender de poder alguno, para vivir según su espontaneidad y arbitrio le dicten; no obstante, por ciertas y determinadas razones, de hecho ha vivido encadenado (3). Estas razones de la servidumbre humana varían de autor en autor y pueden consistir en el establecimiento de la propiedad privada (Rousseau y Marx), en la mixtura de las razas (Chamberlain y Rosemberg), en el establecimiento de los tabúes sexuales (Reich y Lacan), en la manducación del padre originario (Freud y sus seguidores más fieles), etc.

Pero a partir de este encadenamiento original, toda la historia del ser humano es la historia de la progresiva emancipación del hombre de estas múltiples cadenas que ataban su libertad; “por ser la historia, historia del hombre, de la humanidad —escribe Josef Stallmach— es historia de la emancipación y ésta es siempre realidad histórica, tan real como la misma existencia histórica. En efecto, el hombre es un ser que se desarrolla en la historia, que se despliega en su condición humana como ser de razón y libertad. El despertar de la conciencia y el destino propios, todo esfuerzo por lograr el desarrollo de la libertad moral (la independencia de la coacción de la naturaleza, de la coacción de los impulsos y del interés personal egoísta) y de la capacidad de decidir siempre cada vez más por conciencia propia (...), todo este proceso de personalización desde su “constitución primera” hasta su “constitución total”, convierte a la historia de cada individuo en historia de la emancipación” (4). Y esta emancipación tiene dos

(3) Resulta inevitable aquí la cita de Jean-Jacques Rousseau, *Du Contrat Social ou Principes du Droit Politique*, París, Union Générale d'Éditions, 1963, p. 50.

(4) Stallmach, Josef, “Emancipación; realidad y utopía”, en AA.VV. *Ética y Teología ante la crisis contemporánea - Actas del I Simposio Internacional de Teología*, Pamplona, EUNSA, 1980, pp. 478-479.

caracteres que la diferencian esencialmente de la antigua “emancipatio”: i) que se trata ya no de una concesión graciosa, sino de una *autoemancipación*, de una liberación lograda trabajosamente por el hombre apelando simplemente a su condición humana y ii) que no consiste en un acto individual, de una persona concreta, sino de un *proceso social*, que tiene por sujeto al “hombre genérico” de que hablaba Carlos Marx en sus primeros escritos.

¿Quiénes son —en esta versión de la ideología emancipatoria— los agentes represivos o esclavizadores? Ante todo las iglesias cristianas y en especial la Iglesia Católica, principales agentes de una moral represiva de las pulsiones sexuales; en segundo lugar el Estado, que para sus fines de dominio garantiza con la fuerza la eficacia de esta moral castradora; en tercer lugar la familia, estructurada sobre la sumisión de la mujer y su atadura a la maternidad y a la educación de los hijos.

LAS ETAPAS DEL PROCESO “LIBERADOR”

Esta historia de la emancipación se ha desarrollado —y se desarrolla— a través de varias y sucesivas etapas; la primera de ellas, que tiene por profeta a Francis Bacon, es la del desencantamiento y liberación de las cadenas que sujetaban al hombre a la naturaleza material. Max Weber ha puesto de relieve esta dimensión de la modernidad: los ídolos y los dioses han desaparecido de la naturaleza, que ha sido doblegada por la ciencia experimental y puesta al servicio del hombre. En ese mismo sentido, Max Horkheimer y Teodoro Adorno han caracterizado a la ilustración baconiana por dos elementos: i) el intento de li-

berar a los hombres del temor y constituirlos en señores de la naturaleza y ii) la pretensión de “desencantar” el mundo al conocer las causas de los fenómenos (5). Como es evidente, el instrumento de esta “liberación” ha sido la ciencia experimental exacta, constituida a partir de la modernidad en paradigma de todo saber.

La segunda etapa del proceso “liberador”, tiene lugar en el ámbito de lo político-institucional y su ideólogo principal es Juan Jacobo Rousseau. De lo que se trata en esta etapa es de sustituir la legitimidad tradicional, basada en el tiempo y los servicios prestados a la nación por una dinastía —“los Capetos hicieron grande a Francia durante ochocientos años”, escribía Maurras— por la que proviene, a través del “contrato social” y la doctrina de la “representación” elaborada por el abate Sieyès de la voluntad de los ciudadanos. Dicho de otro modo, el ciudadano se “libera” del dominio de un grupo social: la nobleza, y se transforma plenamente en autónomo e independiente de toda sujeción política. Por ello, “la ley —se afirma en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano— es la expresión de la voluntad general” y “todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir personalmente, o por sus representantes, a su formación” (6). Dicho con palabras de Rousseau, por la mediación de la voluntad general los miembros de la comunidad “no se obedecen más que a sí mismos” alcanzando la emancipación del yugo de toda dominación política que no sea la que se funda en su arbitrio soberano (7).

La tercera etapa, cuyo ideólogo-profeta fue Carlos Marx, ubicó la “liberación” en el ámbito de lo económico-social; el

(5) Vid. Driele, Martín, *Liberación e Ilustración-Defensa de los derechos humanos*, trad. Claudio Gancho, Barcelona, Herder, 1982, p. 74 y passim.

(6) Vid. el texto en: *Les grandes questions de la philosophie du Droit-Recueil de textes choisis et présentés par Simone Goyard-Fabre et René Sève*, París, PUF., 1986, pp. 235-237.

(7) Bidart Campos, Germán, *El mito del pueblo como sujeto de gobierno, de soberanía y de representación*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1960, passim.

mismo Marx lo afirma expresamente en un párrafo de “La Cuestión Judía”: “La emancipación política —comienza diciendo— no es el modo completo e incontrovertible de la emancipación humana”; tiene un gran mérito, ya que “la emancipación política es al, mismo tiempo, la disolución de la vieja sociedad en la cual descansa el Estado enajenado del pueblo, el poder del soberano”; pero la auténtica liberación sólo tendrá lugar “cuando el hombre real, individual, recoja en sí al ciudadano abstracto y como hombre individual se convierta en ser social en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales; sólo cuando el hombre reconozca y organice como fuerzas sociales sus *forces propres* y por eso no se separe más de la fuerza social en forma de fuerza política, sólo entonces se cumplirá la emancipación humana” (8). Es decir, que la emancipación definitiva del hombre habrá de realizarse sólo cuando devenga un ser completamente social —un “ser genérico” dice Marx—, cuando desaparezca su individualidad y la consiguiente desigualdad y el hombre “sea sociedad”. Para ello será necesario pasar por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la resultante desaparición del Estado y del derecho; dicho de otro modo, la mutación —inevitable— en el ámbito de la economía, será la causa suficiente de la emancipación integral del hombre, no sujeto ya a la esclavitud del hambre, la miseria y el trabajo subordinado.

LA ETAPA DECISIVA

Ahora bien, por una cuasi ley física, según la cual, alcanzada cada una de las etapas del proceso emancipatorio resulta necesario declararla incompleta, ilusoria y continuadora de la dominación, también la emancipación socio-económica ha sido con-

(8) Marx, Carlos, *La cuestión judía*, trad. Ichuda Tubin, Buenos Aires, ed. Dos, 1970, pp. 100, 130 y 136-137.

siderada hoy deficiente e inacabada; evidentemente, ni siquiera en los países socialistas ha logrado el hombre su emancipación absoluta, y su angustia, su sumisión y su desengaño subsisten de modo tanto o más agudo que en las etapas anteriores a la “liberación” colectivista. Por ello, ha parecido imprescindible acudir a una nueva etapa del proceso “liberador”: a la “emancipación sexual”, que será —esta vez sí— la última escala del trabajado camino del hombre hacia su “emancipación” absoluta y total.

Contra todos estos agentes represivos debe dirigirse la Revolución Sexual —el término es de Wilhelm Reich— de modo de hacer posible que el hombre se reencontre con su esencia: ente sexual gozador, liberándose de las últimas y definitivas cadenas elaboradas para impedir su total emancipación y despliegue.

Este planteamiento de la “liberación sexual” parte de una utilización ideológico-política de las doctrinas de Sigmund Freud; no se trata de sostener aquí que el psiquiatra de Viena sostuviera esos planteos, sino de que algunas de sus enseñanzas fueron utilizadas para elaborar la última versión conocida de la creencia en la “emancipación”; esta versión puede ser resumida en las siguientes ideas fundamentales: ante todo, en la afirmación central de que el hombre es, esencialmente, sexo, y que, por lo tanto, el motor fundamental de sus acciones es la sexualidad. Pero si esto es así, resulta que la esclavitud fundamental, la represión más crítica, el dominio más opresor, es el que se ejerce sobre las pulsiones sexuales. Este dominio se lleva a cabo a través de la moral tradicional, entendida como un conjunto de tabúes que impiden al individuo la expansión de los impulsos sexuales, única vía —habida cuenta de la antropología aceptada— de la

realización humana (9). “El Eros —escribe Marcuse— es el principio del ser (...), ya que ser es esencialmente lucha por el placer. Esta lucha se convierte en una meta de la existencia humana” (10).

El instrumento de esa revolución emancipadora —y aquí volvemos a encontrar a Gramsci— es, fundamentalmente, la cultura, transmitida a través de la educación y de los medios de comunicación de masas. De allí el interés y el protagonismo asumidos por esta nueva camada de “liberadores” en los medios de comunicación, en los planes de “educación” sexual, en el cine, la literatura y las artes plásticas.

¿Quiénes son —en esta versión de la ideología emancipatoria— los agentes represivos o esclavizadores? Ante todo las iglesias cristianas y en especial la Iglesia Católica, principales agentes de una moral represiva de las pulsiones sexuales; en segundo lugar el Estado, que para sus fines de dominio garantiza con la fuerza la eficacia de esta moral castradora; en tercer lugar la familia, estructurada sobre la sumisión de la mujer y su atadura a la maternidad y a la educación de los hijos (11); y en cuarto lugar, todas aquellas instituciones que suponen una ordenación no autónoma de la sexualidad: Ejército, las empresas industriales y de negocios, las asociaciones de padres, etc... Contra todos

(9) Vid. Gómez Pérez, Rafael, “Filosofía de la liberación sexual” en AA.VV., *Análisis de la sexualidad*, comp. J. Choza, Pamplona, EUNSA, 1978, p. 147 ss.

(10) Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral, 1972, p. 122.

(11) Vid. Samek, Emanuele, “El modelo gnóstico como explicativo del feminismo”, en *Ética y Teología...*, cit., pp. 419-428.

estos agentes represivos debe dirigirse la Revolución Sexual —el término es de Wilhelm Reich— de modo de hacer posible que el hombre se reencuentre con su esencia: ente sexual gozador, liberándose de las últimas y definitivas cadenas elaboradas para impedir su total emancipación y despliegue. Estos agentes cumplen, en la sociedad, el papel que el “super-yo” o padre castrador cumple en la teoría de Freud y así como el neurótico debe liberarse —a través del psicoanálisis— de la imagen de ese padre que anida en el inconsciente, así la sociedad habrá de liberarse del “gran censor”, del “super-yo” cultural, que impide la realización de una sociedad emancipada (12).

Además —y este punto es de gran importancia para comprender la realidad del socialismo liberal— este revolucionarismo sexual-cultural permite a los actuales socialistas pasar por avanzados, progresistas y “liberadores” sin tener que renunciar a los beneficios de la sociedad de consumo capitalista.

EL INSTRUMENTO DE LA “LIBERACION”

El instrumento de esa revolución emancipadora —y aquí volvemos a encontrar a Gramsci— es, fundamentalmente, la cultura, transmitida a través de la educación y de los medios de comunicación de masas. De allí el interés y el protagonismo asumidos por esta nueva camada de “liberadores” en los medios

(12) Vid. Entelman, Ricardo, “Introducción”, en: *El discurso jurídico. Perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos*, Buenos Aires, Hachette, 1985, p. 16 ss. Vid. también, en el mismo volumen, Kozicki, Enrique A. “Discurso jurídico y discurso psicoanalítico”, p. 24 ss.

de comunicación, en los planes de “educación” sexual, en el cine, la literatura y las artes plásticas, ámbitos estos últimos en los que ha tenido una influencia nada despreciable el surrealismo y en especial su principal inspirador, André Breton (13). Además —y este punto es de gran importancia para comprender la realidad del socialismo liberal— este revolucionarismo sexual-cultural permite a los actuales socialistas pasar por avanzados, progresistas y “liberadores” sin tener que renunciar a los beneficios de la sociedad de consumo capitalista. En síntesis, la emancipación sexual “consistiría —escribe Gómez Pérez— en aprovechar todas las potencialidades que ofrece la civilización industrial al servicio del placer (...); la sexualidad podrá convertirse —concluye— en el principio inspirador de una nueva cultura, con libertad, autoridad, orden, trabajo, producción, normas; pero todo resexualizado y, por tanto, verdaderamente humano” (14). Dicho de otro modo, la “emancipación” sexual permite a los nuevos socialistas seguir asumiendo una postura “liberadora”, sin tener que soportar los inconvenientes del colectivismo al estilo soviético; en medio de la libertad y el bienestar que ofrece el capitalismo liberal, estos nuevos “emancipadores” trabajan para demoler los cimientos culturales de la sociedad de la que se benefician. ¿Para qué? En rigor de verdad, para nada, ya que el nihilismo es el término final de toda la empresa emancipadora. No obstante, no podemos desconocer que hay quienes saben para qué trabajan y sacan jugosos beneficios de la marea pansexualista promovida por los últimos “liberadores”: productores de películas pornográficas, propietarios de hoteles por horas, editores de revistas eróticas o de “manuales” de educación sexual, los traficantes de drogas, los médicos y clínicas especializados en abortos, los impresores, “actores”, comerciantes, propietarios de cine o de video clubes,

(13) Cfr. Del Noce, Augusto, “El erotismo a la conquista de la sociedad”, en: AA.VV., *La escalada del erotismo*, Madrid, Palabra, 1977, pp. 39-89; asimismo, en defensa del surrealismo, Vid. Lo Duca, Jean-Marie, “Derechos del erotismo y derechos al erotismo”, en: *Janus*, N° 5, Buenos Aires, Hachette, 1966, pp. 79-89.

(14) Gómez Pérez, Rafael, “Filosofía...”, cit. p. 164.

que lucran con el material pornográfico o cripto-pornográfico, en suma, miles de personas que viven —y muy bien— de la explotación de los devaneos de los “revolucionarios” sexuales.

Dicho de otro modo, la “emancipación” sexual permite a los nuevos socialistas seguir asumiendo una postura “liberadora”, sin tener que soportar los inconvenientes del colectivismo al estilo soviético; en medio de la libertad y el bienestar que ofrece el capitalismo liberal, estos nuevos “emancipadores” trabajan para demoler los cimientos culturales de la sociedad de la que se benefician.

UNA FORMULA INGENIOSA

Resumiendo brevemente lo que llevamos dicho hasta ahora, podemos afirmar que la “mélange” ideológico-política que hemos llamado “socialismo liberal” o “socialdemocracia”, se caracteriza por la conjunción de varias tradiciones de pensamiento: i) el *democratismo liberal*, que provee el marco institucional adecuado, sin los inconvenientes de las “troikas” soviéticas, con sus clínicas “psiquiátricas” para quienes no marcan bien el paso; ii) el *capitalismo consumista*, que permite un conveniente bienestar, sin necesidad de pasar las privaciones —y hasta las hambrunas— a que conducen los “planes quinquenales” inventados por Stalin; iii) una dosis de *socialismo*, concretado en declaraciones de derechos sociales, una seguridad social eficiente y un contralor del gobierno sobre la economía que asegure que el “sector privado” no alcanzará demasiado desarrollo y —por lo tanto— poder; iv) una monserga *sexualista*, que promete la emancipación de

todas las pulsaciones sexuales —naturales o no— y cubre con su retórica “liberacionista” el campo dejado al enemigo con la aceptación de la democracia “formal” y el capitalismo consumista.

El esquema emancipador propuesto por Marx, el vitalismo pulsional y amoralista de Nietzsche y el sexualismo de Freud, han logrado fusionarse en un frente de ataque contra la cultura cristiano-tradicional, sin arrastrar el peso muerto del colectivismo burocrático al estilo soviético y aprovechando, en su propio beneficio, de las estructuras políticas y económicas nacidas al amparo de la tradición occidental.

Resulta entonces, que el trabajo emprendido por la “unholy trinity” —Marx, Nietzsche y Freud— ha llegado a su realización más acabada; el esquema emancipador propuesto por Marx, el vitalismo pulsional y amoralista de Nietzsche y el sexualismo de Freud, han logrado fusionarse en un frente de ataque contra la cultura cristiano-tradicional, sin arrastrar el peso muerto del colectivismo burocrático al estilo soviético y aprovechando, en su propio beneficio, de las estructuras políticas y económicas nacidas al amparo de la tradición occidental. Se trata, es preciso reconocerlo, de una fórmula ingeniosa y parece que hasta ahora el éxito la acompaña. Pero la lección de la historia contemporánea nos dice que el fin de todas las emancipaciones es la desilusión y el desengaño; que cada liberación alcanzada no ha sido capaz de resolver los problemas profundos del hombre y ha debido idearse una nueva para lograr —esta vez sí— la realización humana; que además de abocar a la desilusión de las esperanzas

despertadas, cada liberación ha traído nuevas cargas para el hombre y, fundamentalmente, ha incrementado su sujeción real y el extrañamiento de su verdadera esencia espiritual y libre. La tiranía tecnocrática (15), en la que un minúsculo grupo de técnicos sociales dirige, a través de los “mass media”, al “triste rebaño de corderos tímidos e industriosos” de que hablaba Tocqueville, es el resultado real al que conduce la aventura del socialismo liberal; una tiranía que maneja a su arbitrio todo lo importante, dejando a los individuos la libertad de ver películas pornográficas, de “tener drogas para consumo personal” o de “realizarse” con un amante del mismo sexo. Una triste “emancipación” real para una ideología que había prometido audazmente la autorrealización humana total.

(15) Vid. Barbour, Ian, *Science and Secularity*, New York, Harper & Row Publishers, 1970 y Massini, Carlos I., *La revolución tecnocrática*, Mendoza, Idearium, 1980.